

El HOMBRE *que* ESCULPIÓ *a* DIOS

*En la Sevilla del Barroco, Juan de Mesa
esculpe su obra culmen ante la mirada de su
maestro, Martínez Montañés, receloso frente
a un discípulo que le aventaja. Cuatro siglos
más tarde, una joven restauradora desvelará
un secreto y un juramento ocultos.*

FERNANDO
CARRASCO



En los albores del siglo XVII, Juan de Mesa, uno de los más grandes escultores e imagineros del Barroco, está concluyendo la que será, con el paso de las centurias, su obra culmen: la imagen del Jesús del Gran Poder. La personalidad de Juan es totalmente contrapuesta a la de su insigne maestro, Martínez Montañés, que observa con recelo cómo su discípulo más dilecto le ha sobrepasado.

Cuatro siglos más tarde, la joven Laura Moreno, experta restauradora, ve requeridos sus servicios al denunciarse que la imagen de un portentoso Crucificado del Barroco —que procesiona, rodeada de gran fervor, en la Semana Santa de Sevilla— no es la original y ha podido ser sustituida fraudulentamente. A partir de ese instante, y tras recabar la ayuda de Lucas, un avezado periodista, se verá envuelta en una turbia conspiración en torno al origen de una serie de tallas; un secreto y un juramento que se han mantenido ocultos desde entonces, y que pondrán en serio riesgo su vida.

Fernando Carrasco nos muestra en esta deslumbrante novela la perversa dualidad del Siglo de Oro: un genio altanero, que goza de prestigio, con acusado sentido de la superioridad; y su discípulo, un hombre enfermo, católico fervoroso, humilde y sometido.

Índice de contenido

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

A modo de explicación, excusa y disculpa (si hubiere lugar)...

Sobre el autor

*A Francisco Rascón Rodríguez,
gracias por inculcar el amor por el Arte a tus
nietos,
mis hijos.*

En la ciudad de Sevilla a siete días del mes de noviembre de mil y seiscientos y siete años ante el licenciado Gracia Gutierrez de Perea, teniente de asistente desta dicha ziuudad de sevilla y su tierra y en presencia de Jerónimo de Lara, escribano publico ede los testigos yuso escritos paresio presente un mancebo que nonbro Juan de Mesa natural que dixo ser de la ciudad de Cordova, hijo de Juan de Mesa y de Catalina de Velasco, su mujer, difuntos de hedad que dixo ser y por su aspecto parecia mayor de diez e ocho años y menor de veinte e cinco e dixo que el a estado en poder e casa de Juan Martínez Montañés, escultor...

I

La luz hizo acto de presencia de manera tenue primero para luego, poco a poco, ir adueñándose de todo el espacio. La habitación, situada en la última planta de la casa, era una buhardilla alquilada meses atrás buscando la posibilidad de poseer un lugar tranquilo en el que poder trabajar. A esa hora, cada mañana, cuando el sol despuntaba por encima de la iglesia y sobrepasaba la espadaña, los rayos entraban directamente por la ventana situada justo enfrente del templo. Era entonces cuando, dándole en el rostro, no tenía más remedio que despertarse. Se daba la vuelta en el camastro que le servía para poder conciliar, mal que bien, el sueño a altas horas de la madrugada y esperaba, en ese duermevela que no deja discernir la realidad, quedarse de nuevo sumido en un estado de placidez que le hiciera olvidarse de todo.

Imposible. El sol seguía en sus trece y entonces, cuando ya no había más remedio, optaba por incorporarse y quedarse sentado en el catre. Adormilado todavía, contemplaba a su alrededor intentando descubrir algo nuevo en aquella habitación mal oliente por la que se esparcían todo tipo de objetos y donde las virutas de madera cubrían casi todo el suelo y el polvo del serrín se entremezclaba con los haces de luz de los rayos, simulando miles de diminutos insectos revoloteando.

Pasados unos minutos, ya con plena consciencia de dónde se encontraba, lograba recuperar la total verticalidad. Tambaleante, con dolor de cabeza casi siempre, bus-

caba afanosamente en una pequeña mesa algo que echarse a la boca. Le gustaba lo dulce, lo salado. Lo conjugaba sin compasión ni pudor alguno con tal de poder masticar sólido. Esta vez fue un mendrugo de pan que llevaría allí unos cuantos días. No había reparado en él hasta aquella mañana. Lo cogió con avidez y se lo echó a la boca. El contacto con los dientes hizo que torciese el gesto. Apretó más con las muelas para así desgajar una parte. La reblandeció con la saliva y fue consiguiendo hacer una masa pastosa más fácilmente moldeable. Se la pasó de un lado a otro de la boca hasta que pudo engullirla. Había todavía aspereza en algunas partes. Un resquemor surcó la garganta cuando la bola de pan, a modo de sierra con diminutas puntas estriadas, se deslizaba hacia el estómago.

Una arcada hizo que tosiese, expulsando el trozo de pan que vino acompañado de sangre. Se retorció sobre sí mismo y volvió a esputar líquido rojizo. La sangre, revuelta con la saliva, se secó rápidamente en el serrín. Una tercera convulsión sirvió para quedarse algo más aliviado. Buscó la palangana de cerámica y hundió sus manos, en forma de cuenco, para tomar agua. Se enjuagó la boca y luego la expulsó directamente a una bacinilla que se encontraba a sus pies. Repitió la maniobra y esta vez sí bebió. Lo hizo con ansia, intentando quitarse el mal sabor que le quedó cuando la sangre salió de sus entrañas.

Ya más tranquilo, se refrescó el rostro, se secó la cara y las manos y comprobó que estaba preparado para seguir trabajando. Buscó por la mesa la gubia. A su lado, una garlopa todavía poseía pequeños trozos de madera. La noche anterior terminó tarde, rendido de tanto y tanto gubiar; de querer sacar el rostro de Dios de una vez por todas. «Así tiene que ser. No puede haber ninguna duda. No me lo perdonaría el maestro. ¿Qué diría de mí si no estuviese a la altura de las circunstancias? ¿Y qué pensaría el Todopoderoso si no se ve reflejada en la madera toda la grandeza de su omnipresencia? Ya queda menos. No puedo desfallecer.

Ella me está esperando. Sé que no duerme, que está pendiente de mí en todo momento. Pero no puedo parar. Tengo que conseguirlo. Solo así seré un digno hijo del Padre, del Hacedor. Él tiene que ayudarme y yo plasmarlo. Es su poder infinito el que me guía y alienta. El poder de Jesús».

Limpió con cuidado la gubia. Se puso, de nuevo, delante del gran bloque de madera y miró a los ojos de la cabeza que comenzaba a tomar forma, a modelarse a imagen y semejanza de Jesucristo. Hundió nuevamente la herramienta a la altura de la sien derecha y las lascas de madera comenzaron a caer en el suelo. La vista hacia abajo evidenciando sufrimiento y, a la par, irradiando perdón a todos aquellos que le vejaron y ultrajaron tratándolo como un pelele y mofándose de su grandeza. Mi Reino no es de este mundo. «No, no lo era. Su Reino no podía ser de un lugar donde el odio y la sinrazón son parte consustancial del ser humano. Pero sí dejar reflejado en su rostro, en su cara, en su mirada de Hijo de Dios».

Fue entonces cuando comenzó a tallar una serpiente en la Corona de Espinas. Lo hizo de manera impulsiva pero milimétrica. Se recreó en los detalles, estudió sobre el terreno las proporciones para que no destacase en demasía pero a la vez pudiese decir algo a aquellos que la contemplasen. «Y una espina en su ceja, clavada, denotando el dolor intenso que debió padecer camino del Calvario. ¿Por qué, Dios mío? Ya sé que tu Reino no es de este mundo y a los hombres no les importó en aquel momento lo que dijiste. Ahora sí. Ahora estamos ante Ti y te pedimos perdón por nuestros pecados».

Otro golpe de tos le vino encima. Se apartó de la talla y se arqueó, agarrándose el estómago intentando contener de esa manera el dolor. No eran buenos tiempos para la salud. Pero no estaba dispuesto a renunciar a algo por lo que había luchado tanto y tan denodadamente. Ni siquiera ahora, en el momento en el que la enfermedad se le presentaba de forma más asidua y retrasaba su trabajo, su

obra culmen. Es por eso que quiso, a diferencia de otras que nacieron en el taller del maestro, concebirla apartado de todo y todos, abstraerse y no pensar en otra cosa que no fuese dar vida, vida propia, al trozo de madera que tenía delante de él y en el que cada vez más se iba acercando al rostro verdadero de Jesucristo.

Paró por unos instantes. Se distanció unos metros de la talla y la contempló con extremada fijación. Alargó en posición horizontal el brazo derecho justo a la altura de sus ojos, colocando el dedo pulgar entre ambos a modo de mirilla para así medir la zona de la cabeza que estaba medio tallada. Cerró el ojo derecho y comprobó las medidas. «Quizá un poco grande. No importa. El cuerpo estará en proporción. Tendrá esa posición de sufrimiento que tuvo que padecer cuando iba camino de su muerte. Quién sabe si en verdad no lo sabía».

Sus pensamientos se entremezclaban con la idea de concluir aquella obra. Los adelantos no eran tan tangibles como en otras ocasiones, pero entre los golpes de tos, la sangre que cada vez era más constante cuando tosía, y su afán por acercarse lo más posible a su concepción de lo que debía de ser Dios, Jesucristo, hacían que no avanzase como él deseara. No le había ocurrido con otras tallas a las que, después de un estudio pormenorizado de la anatomía humana en multitud de cadáveres, supo plasmar de manera extraordinaria. Bien en la Cruz, muerto Jesucristo, inerte y abandonado, o bien entre los dos ladrones, esperando quizá la respuesta del Padre. Por una parte, la mirada condescendiente y de amor del que se sabe a punto de morir. Por otra, la placidez de la buena muerte, la plasmación del tránsito hacia la otra vida en la que Dios le esperaba.

Entonces, en ese momento, se acordó de su Córdoba natal. De su infancia por aquellas calles en las que la ciudad desprendía un aire califal difícil de erradicar y que formaba parte de la vida cotidiana, de su forma de ser. Se vio jugando, corriendo, cayéndose por el empedrado y haciéndose

una herida en la rodilla. Y se vio estudiando esa parte de su cuerpo, preguntándose cómo aquello se podía hacer en madera, en una talla. «No sé, quizá es algo que nunca llegué a comprender». Y más adelante se encontró colándose en un Hospital de Pobres para contemplar a los muertos, siendo un jovenzuelo introvertido que escrutaba cada parte del cuerpo humano. Se admiraba de aquellos hombres que manejaban con total desinterés los cadáveres. «No te acerques tanto, déjanos trabajar». Pero él seguía allí, yendo de un lado para otro. Luego, en casa, repasaba mentalmente todas y cada una de las facciones de los rostros que se le quedaron de manera indeleble incrustados en su memoria. Y los pintaba. Y volvía a recordar y a dibujar. Así una y otra vez, sin prisas por el tiempo, sin ganas de que aquello concluyese. Veía en ellos la mirada de Jesucristo muerto, yacente, esperando el día de la Resurrección. «Mi Reino no es de este mundo». Caía rendido casi de madrugada intentando que ningún detalle se le escapase y que se vieran todos y cada uno de ellos reflejados en la hoja color sepia que emborronaba una y otra vez. «Es muy tarde, Juan. Apaga la vela y acuéstate. Mañana queda un día muy duro». Aguantaba lo máximo. Los brazos abiertos, clavadas las manos en el madero. La cabeza caída y la barba en el pecho. Los ojos cerrados, la muerte en el rostro. El cuerpo roto, desvencijado, desplomado por el peso y el sufrimiento. Las costillas sobresaliendo y el esternón pronunciado. Un poco más. ¿Y la sangre? ¿Por dónde corre la sangre? ¿Qué ríos forman desde la Corona de Espinas hasta que llega al suelo? El hilo de vida que se le escapó unos minutos antes. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Y expiró. «Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: *Elí, Elí, ¿lama sabactini?* Dios mío, Dios mío: ¿Por qué me has abandonado?». El sueño se apoderaba del joven hasta que la luz del sol, nuevamente, aparecía por la ventana, lo mismo que

aquella mañana en la que la tos comenzó a ser compañera inseparable tanto de día como por la noche.

* * *

Tres golpes en la puerta le sacaron de sus pensamientos. De manera impulsiva buscó un paño con el que cubrir la cabeza del Cristo. No sabía quién podía ser pero, desde luego, no estaba dispuesto a mostrar a nadie su creación hasta que no estuviese totalmente concluida. Detrás de un caballete encontró la prenda que deseaba. La asió por extremos opuestos y, lanzándola hacia arriba, la dejó caer sobre el trozo de madera. La sábana, blanca en su concepción original pero salpicada en toda su extensión por golpes de pintura de haber sido usada para limpiar lienzos que no cuajaban en lo que deseaba, resbaló por la parte superior de la cabeza. Volvió a repetir ese mismo acto y, de nuevo, sonaron, esta vez con mayor intensidad, otros tres golpes en la puerta a la par que se oyó una voz al otro lado.

—¡Maese De Mesa! ¿Está vuestra merced ahí dentro?

Aplicó con fuerza sus manos a la sábana para que la imagen, que comenzaba a mostrar lo que él quería, no quedase a la vista de nadie.

—¡Un momento! ¡Ya abro!

Llegó hasta la puerta y justo antes de abrirla, volvió a echar un vistazo hacia la talla para comprobar que, efectivamente, estaba completamente oculta a los ojos de cualquier persona que entrase en la habitación. De un golpe seco venció la dureza del picaporte. La hoja de madera chirrió mientras comenzaba a retroceder y posibilitaba que tanto él como la persona que llamaba se encontrasen cara a cara.

Era Francisco de Asís Gamazo, un joven aprendiz del maestro que llevaba varios meses en su taller. Una persona despierta, con mucho desparpajo que desde que entró a

las órdenes del maestro se granjeó las simpatías de todos los que estaban trabajando allí. Y, sobre todo, demostró estar capacitado para, en un futuro breve, acometer la tarea de ayudar en la concepción de algunos trabajos que salían de aquel sitio. Su pelo revuelto, cayendo el flequillo hacia el lado derecho de su frente y casi tapando el ojo, le conferían un aspecto más aniñado aún del que tenía. No pasaba de los dieciséis años. La bata grisácea y evidentemente ennegrecida por el trabajo de aplicar las grasas para que los utensilios de trabajo estuviesen en perfecto estado de revista y dispuestos para ser usados cuando el maestro quisiese, casi arrastraba por el suelo. No era de su talla sino de una mucho más grande, pero podía estar orgulloso de que, en tan corto espacio de tiempo, le hubiesen asignado una prenda que no se solía tener hasta pasados varios meses.

Gamazo miró a la persona que tenía delante de él. Del ímpetu con el que aporreó la puerta pasó a un estado de timidez propiciado, sin duda alguna, por encontrarse delante de él. Comprobó que estaba desaliñado, que no había tenido tiempo de arreglarse. Estaba claro que no esperaba visita y menos que fuese a salir a la calle. La barba, a modo de perilla acabada en punta, sí que parecía más cuidada. A diferencia suya, a pesar de los 37 años que tenía aparentaba mucha más edad. Sabía los problemas que arrastraba de salud y que esa circunstancia podía acabar en algo peor. Europa vivía, en esos primeros años del siglo XVII, consterada por las continuas epidemias de peste. Ciudades enteras quedaban asoladas por la virulencia de la pandemia. Al muchacho le sobrecogían las historias que los más viejos contaban. Intentaba evitar escucharlas y cuando no tenía más remedio, haciendo de tripas corazón, solía distraerse con cualquier cosa o buscaba una excusa para salir del taller a hacer algún recado que hubiese quedado atrasado y así no sucumbir al horror que le producían aquellas palabras.

Recorrió en cuestión de segundos toda la fisonomía de aquel rostro que tenía delante y se detuvo en las ojeras que surcaban la parte inferior de las cuencas. Los labios resecos y la tez blanquecina denotaban que no solo no había pasado una buena noche, sino que además se encontraba enfermo.

—¿Qué te trae por aquí, muchacho? —dijo sin mucha convicción volviendo de nuevo la vista, de manera rápida, hacia el bulto que tapaba la sábana que acababa de colocar.

—Perdone mi perseverancia. Pero me ha mandado venir el maestro. Quiere verle en su taller. Me dijo que acudiese en cuanto le fuera posible. Tiene que hablarle de algo importante.

—¿Sabes de qué se trata?

—No. Solo me dijo que me llegase a buscarle. Ayer por la tarde vinieron al taller unos señores. Creo que de una cofradía. Estuvieron conversando con el maestro por espacio de más de una hora. Desde luego, no sé de lo que trataron.

—Está bien. Déjame que me refresque y me ponga algo más decente.

Aquellas palabras sonaron a disculpas por el aspecto físico que mostraba. Se dio la vuelta y el muchacho, tras vacilar por unos instantes, le siguió.

—Quédate ahí sentado y no toques nada —le ordenó al chaval.

Francisco de Asís Gamazo obedeció al instante y tomó asiento. No pudo evitar desviar su vista hacia el bulto que tapaba la sábana. Sintió curiosidad, la que despierta en cualquier zagal algo escondido. Las ansias por saber qué ocultaba aquel sucio trapo chocaban frontalmente con las palabras que le acababan de decir. «Seguro que se trata de otra gran obra. Y que esos señores que llegaron en la tarde de ayer al taller del maestro son los que han encargado el trabajo. ¿Cómo será? ¿Qué esconde la sábana? Quizá algo que se sale de lo común. No me extrañaría nada conocien-

do cómo trabaja y el ímpetu y pasión que pone en cada una de las imágenes que salen de su gubia. El maestro puede estar orgulloso de poseer entre sus filas a alguien como él. Yo le debo mucho, todo, al maestro. Y sucumbo ante lo que realiza. Pero no puedo negar que él es un gran aprendiz, un discípulo aventajado. El que más. Me gustaría seguir sus pasos. Difícil camino, vive Dios, pero no imposible. Quién sabe si cuando llegue a su edad puedo ser yo también uno de los elegidos. Solo el tiempo, y el Hacedor, lo saben. Por mí, desde luego, no va a quedar. Me esforzaré aún más si cabe para que todos puedan ver las cualidades que atesoro».

—Bueno, ya estoy dispuesto. Vámonos, muchacho.

Las palabras le sacaron de sus pensamientos. Se levantó de forma rápida y se puso al lado, aunque ligeramente retrasado, de aquel hombre. Avanzaron hasta la puerta y entonces le cedió el paso a Gamazo.

—Pasa, chico. Voy a cerrar la puerta.

Antes de echar la llave comprobó nuevamente que la sábana seguía en su sitio y que no se veía nada lo que había realizado momentos antes.

Bajaron por una angosta escalera hasta que llegaron al zaguán de la casa. La puerta de entrada estaba semiabierta. El chaval la abrió por completo y dejó pasar al hombre. La luz del sol entró completamente. El día era espléndido y nada más pisar la calle comprobó la algarabía que se vivía. Era media mañana y el trasiego se mostraba importante. La calle donde tenía el improvisado taller, cercana a la Alameda, solía ser muy transitada por comerciantes y vendedores que llevaban de un lado a otro de la ciudad su género para que fuese adquirido por los ciudadanos. Sevilla era una ciudad que contaba con una vida realmente rica. Constantemente llegaban al puerto los barcos procedentes de América y tanto el oro como las especias que portaban sus bodegas repercutían directamente en el bienestar social. Es verdad que la clase media, por aquellos años, no estaba preci-

samente en su mejor momento, pero sí que aquellos que tenían la suerte de poder amasar algo de fortuna estaban muy bien considerados. Como en años anteriores, dependiendo del gremio al que se perteneciese así te mostraban mayor o menor afecto. No podía quejarse del suyo. Y máxime estando tan bien situado de cara a las hermandades y cofradías. Lo sabía a la perfección. La suerte de trabajar al lado del maestro le abrió muchas puertas. Encargos que de otra forma no hubiesen llegado a sus manos. Obras que evidenciaban la profunda labor de investigación de la anatomía humana. Días de estudio denodado intentando que no se le escapase ni un solo detalle. Valía la pena tanto esfuerzo cuando, una vez concluida la talla, comprobaba que representaba lo que tenía en su mente. Sabía que no era fácil aquella empresa pero no estaba dispuesto a dejarse vencer por la desazón ni mucho menos por la pereza.

De pronto, se paró en seco. El chaval, que lo seguía a escasos dos pasos por detrás, a punto estuvo de tropezar con él.

—¿Pasa algo, maese de Mesa?

—Nada. Espera un momento aquí. Voy a subir a casa.

—Lo que diga vuestra merced.

Cruzó la calle y llegó hasta la casa que se encontraba justo enfrente de donde se habían parado. Las ruedas de los carrmatos crujían en el adoquinado. Estaba en Pasaderas de la Europa, donde vivía. Allí estaría María Flores, su esposa. Miró hacia el primer balcón. Aparecía cerrado. Avanzó hasta el portalón y lo empujó con fuerza. La penumbra en la que se encontraba el zaguán se vio, de pronto, inundada por la luz. Al fondo, un patio de vecinos se mostraba sereno. Las gitanillas y geranios habían estallado y rebosaban de las macetas que colgaban de las paredes. La ropa, tendida, emitía ese olor a limpio tan característico después de haber sido frotada y embadurnada con el jabón. Aspiró el aire que venía del patio y se sintió mucho mejor. Cerró los ojos y se vio en su casa, junto a María. Ella